

YO TAMBIÉN SERÍA DISRUPTIVO

No soy, en absoluto, experto en el tema, pero me imagino que un alumno *disruptivo* es aquel – también *aquella*, con sus correspondientes concordancias gramaticales, pero hay menos – que nos fastidia y no nos deja dar clase. Soñamos con él y ensoñamos cómo neutralizarle. Nuestro instinto de defensa no nos permite entender plenamente su frecuente baja autoestima, su dificultad, a veces insalvable, de entrar en la lógica de las materias, su desinterés ante unos rituales académicos ajenos y con bastante menos ritmo que el de las videoconsolas.

Hasta ahora he tenido suerte, pero parece que el sentimiento de niveles crecientes de disrupción es mayoritario entre el profesorado de secundaria. Los proyectos, cursos, asesoramientos para paliar éste y otros problemas más graves en las aulas son un referente. La *mediación* es una de las palabras básicas del actual argot profesional de los enseñantes. Palabra básica y también algo mágica, porque se deposita en ella una fe ambigua en lo que se necesita creer, aunque el ejercicio de la razón lo relativice. Algo parecido pasó algunos años con el *tratamiento de la diversidad*.

Cuando se trata el tema de la disrupción y se analizan causas en las que todos y todas nos pondríamos enseguida de acuerdo, extraña la poca presencia que tiene en los análisis y programas el tema curricular. Como profesor que procura hacerse una representación de lo que pasa en las aulas, creo que el currículum – en su acepción casera y limitada de *lo que tienen que estudiar los estudiantes*– es la gran causa desatendida de la disrupción, un poderoso factor de inestabilidad en la vida de los centros de enseñanza.

Un currículum que ofrece contenidos indiscutibles, sólo *aprensibles*, poco opinables, auténtica barrera a la necesidad de participación social de los adolescentes. Contenidos, además, definitivos, estables, a diferencia de lo que ocurre –provisionalidad, constante movimiento – en los contenidos científicos y humanísticos de los que los escolares sólo son una *transposición didáctica*.

Un currículum con contenidos *disciplinares-disciplinarios* – permítaseme en razón de mi edad este inocente juego de palabras mayosestoyochista, que marca fronteras allí donde la realidad impone sus continuidades y acaba ofreciendo campos arbitrariamente desconectados del todo que les da sentido. ¡Cuántos conceptos se deben repetir, cada uno con sus peculiaridades de concepto y dicción, en matemáticas, física, tecnología, o en las diferentes lenguas que se estudian en la secundaria!

Finalmente, un currículum cuyos contenidos no rozan la vida de las personas, que cómo dijo Barnes, convencen a los chicos y chicas de las aulas que lo que ellos digan no tiene apenas valor. Currículum apolítico, aséptico, inodoro que hace prácticamente inviable una reflexión comprometida en los problemas del mundo que nos rodea. Que no aborda sus peligros en términos de vida y condiciones de vida para sus ciudadanos y ciudadanas globales: medioambiente, desarrollo sostenible, globalización, pandemias, eutanasia...

El manual, el libro de texto, al servicio de esta concepción del currículum, salió reforzado de los titubeos de un despliegue de la LOGSE en cuyos inicios pareció que tenía sus días contados. Los manuales –es un tópico, pero hay que repetir los tópicos que no se escuchan– adaptan los alumnos concretos a las programaciones, marcan unos niveles uniformes que no se ajustan a la realidad de personas y colectivos y encierran y precintan los conocimientos establecidos por ellos mismos, impidiendo los cambios.

Jean Pierre Bronckart, gran teórico de la enseñanza de la lengua, comenta, en un trabajo reciente, la paradoja de que la enseñanza republicana francesa, cuando a principios de siglo XX había que definir las bases de una educación civil y democrática, recuperara el paradigma de educación lingüística más conservador y socialmente selectivo, aquel que se basaba en el estudio de la gramática y el buen uso de la lengua a cargo de los grandes escritores patrios. No eligió el otro modelo, integrador y democrático: el de las habilidades discursivas, el del uso de la lengua, el paradigma comunicativo que enseñaba a *hacer cosas con las palabras*. Pese a la

espuma retórica, algo así acabó pasando con nuestra LOGSE. ¿Tendremos más oportunidades? ¿Habrá voluntad política de hincar el diente a este currículum que no alienta la convivencia y el deseo de aprender?

Mientras, muchos y muchas adolescentes *disrupcionan* unas aulas cuyos rituales sienten ajenos. Si tuviera que hacer otra vez la secundaria, yo haría lo mismo. Debe de ser políticamente muy incorrecto, pero yo también sería disruptivo.

Juan Sánchez-Enciso

Profesor de secundaria.